

RESCATE DE DOCUMENTOS

Un Museo Nacional para Costa Rica, a mediados del siglo XIX

Luko Hilje Quirósⁱ, CATIE

Recibido: 25/06/2014

Aprobado: 3/09/2014

Resumen

Debido a su valor histórico, y a que ha permanecido inédito por más de 150 años, aquí se transcribe completo el documento *Proyecto de Museo Nacional*. Fue publicado por el francés Luis Chéron en 1850 en el periódico oficial costarricense *La Gaceta*, en respuesta a una solicitud del presidente Juan Rafael Mora. Además de ubicarlo en el contexto histórico apropiado, se hace una interpretación de varios aspectos de su contenido, mediante notas al pie de página.

Abstract

A National Museum For Costa Rica in the Middle of the XIX Century

Due to its historical value, and to the fact that has been kept unpublished for over 150 years, the whole document *Project for a National Museum* (proyecto de museo nacional) is transcribed as a whole. This was published by the French Luis Chéron in 1850 in the Costa Rican official paper *La Gaceta*, as response to a request by then President Juan Rafael Mora. Besides placing it in its corresponding historical context, an interpretation is made on various aspects of its content by means of footnotes.

Introducción

Aunque ya en el siglo XVIII en Europa existían museos y jardines botánicos, en el continente americano este no era el caso. Eso sí, antes del establecimiento de museos en EE.UU., ya los había en países latinoamericanos, como ocurrió con el Museo Argentino de Ciencias Naturales (1812), el Museo Nacional de Rio de Janeiro (1818), el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú (1822), el Museo Nacio-

nal Mexicano (1825) y el Museo de Historia Natural de Chile (1830).

La presencia de estos museos en tierras americanas posiblemente estimuló a otros países más pequeños a acometer la aventura de establecer su propio museo, para conservar, estudiar y exhibir objetos arqueológicos autóctonos, así como ejemplares de su flora, su fauna y sus recursos minerales. Pero, en una época en que las publicaciones no abundaban ni circulaban con facilidad, la

Hilje, Luko. **Un Museo Nacional para Costa Rica, a mediados del siglo XIX**. Revista *Comunicación*. Año 35, vol. 23, núm. 2. Julio-diciembre, 2014. Tecnológico de Costa Rica. ISSN impreso: 0379-3974/ e-ISSN: 1659-3820

PALABRAS CLAVE:

Museo Nacional, jardín botánico, Luis Chéron, Juan Rafael Mora, Costa Rica.

KEY WORDS:

National Museum, botanical garden, Luis Chéron, Juan Rafael Mora, Costa Rica.

ⁱ Profesor Emérito. Departamento de Agricultura y Agroforestería, Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE). Turrialba, Costa Rica.



Figura 1. La capital en 1858, con los cerros de Escazú al fondo, vista desde el sector noreste (donde hoy se encuentra el Parque Nacional). Dibujo de Ramón Páez

importancia de esos museos pioneros -más los existentes en Europa- quizás más bien se difundió por vía oral, gracias a viajeros extranjeros que recorrieron nuestros países, así como a ciudadanos nacionales que tuvieron la oportunidad de visitar museos en el exterior.

En el caso de Costa Rica, uno de estos ciudadanos fue el cafetalero y comerciante Juan Rafael Mora Porras (1814-1860), conocido por su pueblo como don Juanito Mora. Debido a sus actividades empresariales, entre 1835 y 1848 viajó a Estados Unidos, Nicaragua, El Salvador Jamaica y Chile es probable que haya conocido algunos museos en esos lugares, pues después de fungir como diputado (1846), vicepresidente de la República y Presidente de la República (1849), uno de sus objetivos fue dotar a San José, la ciudad capital (Figura 1), de importantes obras de infraestructura. Fue en esta auspiciosa coyuntura que el ciudadano francés Luis Chéron planteó ideas para la erección de un museo y un jardín botánico nacionales, con sede en la capital. Esta propuesta aparece en una muy amplia carta dirigida al redactor en jefe de ese medio, su compatriota Adolphe Marie (*La Gaceta*, 1850, núm. 105).

Interesa aquí esclarecer el motivo de la estadía de Chéron, así como sus vínculos con otros compatriotas presentes en Costa Rica entonces. Casado con una dama de apellido Darbelle y residente en Nicaragua

por muchos años, se le asocia como concuño del empresario Alfonso Dumartray, quien se aventuró a sembrar caña de azúcar en la región de Sarapiquí. También fue compatriota de Adolphe Marie, quien había llegado a Costa Rica a mediados de 1848, durante la administración de José María Castro Madriz, acompañando al por entonces depuesto general Flores.

Ambos -Chéron y Marie- forjaron una fuerte amistad con don Juanito quien, al alcanzar la presidencia, contó con la oportuna asesoría del general Flores en cuestiones militares, en tanto que nombró a Marie como redactor oficial de *La Gaceta* en 1850, y después como subsecretario de Relaciones Exteriores y su secretario personal, pues era un periodista de gran inteligencia y exquisita pluma.

Por el valor histórico que amerita su rescate y difusión, a continuación aparece el texto de Chéron acerca del establecimiento de un museo nacional y un jardín botánico en Costa Rica (Figura 2). Debe resaltarse que, extrañamente, ni su nombre ni su aporte figuran en la enjundiosa obra de González (1976) acerca de la historia de la influencia extranjera en el desarrollo científico de Costa Rica.

Al transcribir dicho artículo, me tomé la libertad de editarlo levemente, actualizando unos pocos aspectos

de ortografía o formato, aclarando términos -ubicados entre paréntesis cuadrados en el texto-, incluyendo imágenes con fines ilustrativos y aclarando algunos conceptos mediante notas al final del documento.

Proyecto de Museo Nacional

Al Sr. Redactor de la Gaceta de Costa-Rica

San José, 2 de Noviembre de 1850

Señor Redactor:

En una reunión donde me hallé hace pocos días, se discurría sobre el teatro de que el Sr. Presidente acaba de dotar a Costa Rica¹; y después de haber alabado el talento y buen gusto de la persona que, sin ser arquitecto de profesión, supo construir un edificio cuya elegancia le haría envidiable a muchas ciudades de Europa, aún más considerables que San José, fue natural hablar de los afanes del Sr. Presidente para el progreso de la República en todos sus ramos. Se citaron las varias mejoras que se le deben ya; se habló de los proyectos de utilidad pública que piensa realizar tan luego como se lo permitan las finanzas del Estado.

Y entre estos proyectos, dos llamaron particularmente la atención general. Primeramente, la conducción en la ciudad de una agua de buena calidad, de la cual ha carecido hasta ahora; obra que dará al Sr. Presidente derechos eternos al agradecimiento de los habitantes actuales y de las generaciones futuras, y que se asegura debe empezarse dentro de poco tiempo. Después, la fundación de un museo y un jardín botánico, establecimientos tan útiles a la propagación de ciencias que tienen relación directa las unas con la agricultura, fundamento el más seguro de la prosperidad del país, cuyos tiempos antiguos están, se puede decir, casi enteramente ignorados todavía².

Como la persona que citaba el proyecto de estos dos establecimientos añadiese que las atenciones demasiado numerosas de su alta administración no han dejado al Sr. Presidente tiempo que ocupar en delinear los detalles de ellos, [y] deseaba que algún sujeto amigo del bien público lo hiciera, resolví estampar mis ideas sobre el papel, y rogar a U., Sr. Redactor, se digne darles en sus columnas una publicidad que convidará, sin duda, a algún otro más capaz a proponer mejoras que harán el proyecto más digno de la solicitud del Sr. Presidente.

Si hubiera que clasificar científicamente en el museo numerosas piezas adquiridas ya, no tendría ciertamente la pretensión de poder ayudar. Pero en este momento no se trata sino del primer paso de este establecimiento; lo que se desea no es más que la reunión de las muestras de los productos de los tres reinos para el estudio de la historia natural,³ y las de los productos de la industria de los aborígenes, para el estudio de la historia del país, en cierto orden metódico que, cuando esta colección se haya vuelto numerosa, permita a algún sabio hallar sin mucho trabajo cada pieza para colocarla según las reglas de la ciencia.⁴ Ocuparse en un trabajo tan sencillo no puede indicar pretensiones al título de sabio, sino el deseo de ser útil según mis cortas facultades a un país a quien debo favores.

Voy, pues, a exponer, sin temor de una crítica demasiado severa, cómo concibo los principios de este museo, cuya fundación será siempre una de las mayores glorias del Jefe actual de la República.

La sabiduría del Sr. Presidente no le permitiría adoptar un proyecto cuya ejecución exigiese gastos fuera de proporción con las finanzas del Estado, que además tiene demasiados establecimientos útiles que formar o conservar, para poder dedicar, por ahora, grandes sumas al que nos ocupa. No propondré, pues, construir inmediatamente un edificio nuevo para este museo. Una de las grandes piezas de la Universidad, bien aclaradas, bastará para sus principios, y los únicos gastos que habría que hacer en ella, sería guarnecer de vidrieras las paredes desde arriba hasta abajo en toda su extensión⁵. Estas vidrieras, sin ningún ornamento, estarían divididas en compartimientos cuyas tablas [estantes] serán móviles, a fin de poder aproximarlas más o menos, según lo exigiesen las piezas que deban recibir.

En medio de la sala, y en la mayor parte de su longitud, se establecerá una especie de cajón ancho, como de vara y media [1,25 metros] de alto, cuya parte superior cubierta con vidrios, dejará expuestos a la vista los objetos depositados sobre ella, y cuyo interior estará guarnecido de estantes y gavetas encerrando las piezas que no se quisiese exponer a los ojos, de los cuales estarán defendidos por puertas de madera en todo lo largo del cajón.

A una de las extremidades de este cajón, estará colocada una mesa redonda, sobre la cual deberán hallarse, no papel, sino plumas y tinteros para el

uso de los que vendrán a tomar notas, con asientos alrededor.

Tales son los únicos gastos que exigirá el museo en su fundación y por mucho tiempo después. Más tarde bastará todavía agregar otra sala contigua a la primera, y dispuesta como ella en su interior. Ciertamente que estos desembolsos son bien mínimos, y sin embargo el impulso que darán antes de mucho al estudio de la historia natural será inmenso. Ya que Costa Rica uniendo la economía al amor al trabajo supo, por la agricultura y el comercio, adquirir la riqueza, progrese ahora en las ciencias.

Sería equivocación el pensar que sumas importantes deberán ser destinadas por el Gobierno a la adquisición de todo lo que deberá encerrar el museo. Muchos sujetos del país poseen muestras de minerales, conchas curiosas, objetos de arte hallados en los sepulcros de los antiguos indios, como vasos, figuras de animales, adornos, armas, hachas, y otros utensilios de piedra. Es sabido que cosas muy curiosas han sido enviadas de Costa Rica a otras repúblicas; y ciertamente que sus poseedores no hubieran privado al país de estos preciosos objetos propios para ser consultados por los sabios que se ocupan en la historia de Centro América, si el museo que quiere fundar el Sr. Presidente hubiese existido ya.

Una colonia va a establecerse en Golfo Dulce; dentro de poco estarán pobladas las orillas del río San Carlos y sus cercanías, un nuevo camino de Cartago a Matina está al abrirse⁶; todos estos puntos que los desmontes van a poner al descubierto, ¡cuántos tesoros para la ciencia nos van a revelar! ¡Y cuán culpables seríamos de hacerlos inútiles, dejándolos diseminados en una multitud de manos por falta de un simple local para reunirlos!

Hágase, pues, en nombre de la ciencia misma, una llamada a los ciudadanos de la República y a los nuevos colonos; dígaseles que su nombre y el de los objetos que habrán ofrecido serán publicados en la Gaceta y escritos para siempre en los archivos del museo, y se verá bien pronto sus vidrieras guarneciéndose de antigüedades, de minerales, de pájaros, de cuadrúpedos y reptiles rellenos [embalsamados], de conchas, de frutas y plantas desecadas; de pescados [peces] y otros animales conservados en alcohol; en fin, de todos los productos de la naturaleza y de los del arte que pueden ser útiles para el estudio de las antigüeda-

des. Y antes que mucho tiempo haya pasado, serán tan numerosas las riquezas del museo, que se perdería uno en medio de ellas y buscaría en vano la que quisiera examinar o estudiar, si no se colocasen desde el principio según cierto orden; y es este orden el que voy a exponer ahora.

Lo tengo dicho ya: si se tratara de una clasificación científica de las riquezas del museo, no tendría la vanidosa pretensión de indicarla; pero no se trata por ahora sino de establecer en la colocación de las piezas, a medida que se reciba, cierto orden metódico que ayude a hallar prontamente cada una de ellas cuando el estudio o la simple curiosidad la desee, entre tanto que algún sabio en la materia, venido de fuera o formado en el país, **las ordene según las reglas** de la ciencia; puedo, pues, sin presunción pedantesca, presentar, como lo concibo, este orden provisional el que, en todos casos, podrá ser modificado, y aún cambiado enteramente, según las indicaciones de personas más capaces en la materia.

La vidriera general estará primeramente dividida en cuatro partes desiguales, cuyas dos más grandes serán destinadas a las antigüedades y el reino animal, y las otras a los reinos mineral y vegetal.

La parte destinada a las antigüedades se subdividirá en otras seis, para colocar separadamente en ellas las figuritas de criaturas humanas y divinas, las de los animales, los adornos del cuerpo, los instrumentos y herramientas, y en fin las armas⁷.

Las estatuas grandes, los muy grandes vasos, las piezas de arquitectura, estarán colocadas fuera de la vidriera del modo más a propósito para la vista, de suerte que quede adornada la sala y no se tapen los objetos encerrados en la vidriera.

La parte destinada al reino animal, será primeramente dividida en seis partes para colocar separadamente los cuadrúpedos, las aves, los reptiles, los insectos, los productos marítimos, menos las plantas, los nidos y los huevos.

Tres de aquellas partes se subdividirán de la manera siguiente:

La de los cuadrúpedos, en cuatro partes para separar: los carnívoros, los herbívoros y frugívoros, los hormigueros [y] los roedores.

La de las aves, en cinco partes correspondientes a las aves en general, a las aves de rapiña, las aves acuáticas y de playa, los pájaros trepadores, y las aves nocturnas.

La de los insectos en cuatro partes, para recibir separadamente: las mariposas, los insectos de alas descubiertas, los de alas con estuches [y] los sin alas⁸.

La parte consagrada a los productos marítimos, comprenderá cuatro compartimientos afectados: 1° a los testáceos, entre los cuales se distinguirán las conchas propias, que se dividirán en univalvos y bivalvos, 2° a los crustáceos, 3° a los animales marinos en general; y 4° los productos marítimos inanimados⁹.

La parte de la vidriera reservada para el reino mineral, se dividirá en tres partes, a saber: una para los metales, otra para las piedras comunes, mármoles y carbón de piedra, y la tercera para las piedras finas¹⁰.

La parte destinada al reino vegetal tendrá dos divisiones: la una para las plantas terrestres, semillas y frutas secas, y la otra para las plantas marinas¹¹.

En fin, cada compartimiento de la vidriera general llevará un número, y otro también será colocado sobre cada objeto del museo, a medida que se le asigne un lugar.

Por medio de esta distribución y de una tabla alfabética, cuyos diversos títulos corresponderán a las divisiones y subdivisiones de la vidriera, y que indicará para cada objeto el número de compartimiento donde se halla y su propio número, creo que toda antigüedad, todo animal, mineral o vegetal deseado se encontrará al momento.

Esta tabla, que deberá hacerse de nuevo cada año para el 31 de Diciembre, por el Sr. conservador del museo, y firmada por él, será en poco tiempo un inventario de las riquezas del museo; y será conveniente conservarla en los archivos, pues puede ser de algún interés en un tiempo futuro, compulsar todas las que se hayan hecho, para conocer la marcha progresiva de este establecimiento.

Para llenar enteramente las miras del Sr. Presidente, quien desea que el museo no tenga solamente por objeto el satisfacer la curiosidad, sino que su principal fin, el que debe hacerle un establecimien-

to verdaderamente útil a la República, sea inspirar la afición a la historia natural, al mismo tiempo que la de las naciones y ayudar al estudio de estas ciencias¹². Parte de la vidriera se dejará para una biblioteca, la cual no deberá contener sino obras de historia natural, historia de naciones, viajes, obras de geografía y mapas, a fin de que los que deseen dedicarse al estudio de los productos de la naturaleza tengan a su disposición en el museo los libros que describen el animal, el mineral o el vegetal que quieren observar, así como este vegetal, mineral o animal mismo; o en caso de ocuparse de historia, que mapas geográficos les enseñen la posición sobre el globo de las regiones, comarcas o ciudades de las cuales les hable el libro que les ha ofrecido la biblioteca, la cual contendrá también obras sobre la física, la química, la astronomía y la agricultura, por tener estas ciencias relaciones con la historia natural.

Para aquella biblioteca, se apelará todavía al patriotismo, al amor a la ciencia de los habitantes. Unos ofrecerán obras que tienen dobles o que ya no les son necesarias, otros legarán algunas en su testamento; el Gobierno mismo comprará las que le sea posible; y pronto habrá un número suficiente de libros, para que los jóvenes estudiosos puedan emplear útilmente en el museo un tiempo que otros pierden en ocupaciones frívolas.

En un registro muy grueso, dividido en tantas partes cuantas letras contiene el alfabeto, el Sr. conservador [curador] del museo, al recibir un objeto, sea antigüedad, pieza de historia natural o libro, escribirá el apellido y nombre del donador, el nombre del objeto, el mes y el año en los cuales se recibió el don; y si es una adquisición hecha por el Gobierno, se indicará el nombre del Presidente de la República en esa época.

Luego que esté fundado el museo, será urgente hacer venir de Europa un número bastante crecido de ojos de animales en esmalte; una gran cantidad de alfileres de los que sirven para picar [sujetar] los insectos, y tener siempre preparado jabón arsenical¹³. Estos objetos, que cuestan muy poco, se darán sin pago ninguno a las personas que los pidan para preparar piezas que destinen al museo.

En fin, el personal de este establecimiento no debe costar nada durante largo tiempo. El portero de la Universidad será el guardián; y ciertamente no hay uno de los señores profesores que no tenga

a honor el ser gratuitamente el conservador del Museo Nacional.

JARDÍN BOTÁNICO

Un jardín botánico no puede, como el museo, crecer rápidamente, por causa de los grandes gastos de establecimiento y conservación perpetua que exige. Además del terreno, es menester una casa y otros edificios; estanques, conductos de agua; después un director versado en la botánica, un jardinero práctico, peones, herramientas, vasos diversos, etc., etc.

El Sr. Presidente no ignora la necesidad de todos estos gastos antes que el jardín pueda ser útil al estudio y también a la agricultura, a la cual deberá proporcionar, sin costas, semillas y plantas lejanas cuyo cultivo en grande podría contribuir al aumento de la riqueza del Estado¹⁴. Tampoco ignora que por causa de aquellos mismos gastos, apenas le será permitido hacer dar el primer paso a este establecimiento; pero alejado del espíritu de egoísmo de tantos gobernantes, de aquel espíritu mezquino que les lleva a no emprender sino lo que podrán ver concluido, y anteponiendo el bien y la gloria de la República a la satisfacción de su amor propio, el Sr. Presidente se complace en poner la primera piedra de un edificio que, continuado o concluido por sus sucesores, aumentará considerablemente la consideración de Costa Rica entre las naciones ilustradas, mostrándoles que no solo el amor a las riquezas ocupa el espíritu de sus habitantes, sino que también cultivan las ciencias con no menos ardor.

Gracias sean tributadas al Sr. Presidente por tan nobles pensamientos, y que el cielo conceda a la República sucesores al Poder Supremo que, sabiendo imitar su consagración al bien del Estado, trabajan para la continuación y conclusión de un establecimiento tan eminentemente útil y para el cual voy a trazar sucintamente la marcha que me parece conveniente seguir para asegurar sus progresos y perfección.

Inútil es decir que bien lejos de creer mis ideas perfectas, llamo al contrario todas las de los hombres instruidos en botánica que posee la República¹⁵.

El terreno donado a este jardín botánico debe ser, a lo menos, de media caballería [unas 23 hectáreas] de buena calidad, tener agua inmediata de manera que sea fácil regar todas las partes, y estar situado a muy corta distancia de la ciudad. Luego que esté adquirido, habrá de ser cercado de una fuerte palizada de estacas secas, dentro de la cual, y a una vara de distancia, se sembran

rán dos hileras de limones puestos a media vara uno de otro. Estos limones, mantenidos siempre limpios, y recortados por su extremidad cada año una o dos veces, formarán, al cabo de cuatro [años], una defensa impenetrable a los hombres y a los animales.

Al mismo tiempo que se hará la adquisición del terreno, se afectará [aportará] al jardín botánico un fondo que irá aumentándose con sus propios réditos de cada año, y de los dones [donaciones] que podrán hacer, para este objeto, las personas deseosas de contribuir a la difusión de la ciencia en su país.

Cuando este fondo lo permita, se edificará en la parte más conveniente del terreno, una casa para alojar al director del jardín botánico y su familia, y otra más modesta, para el maestro jardinero, siendo indispensable que ambos vivan en el lugar.

En fin, en un tiempo más o menos lejano, según la riqueza pecuniaria del establecimiento, se pedirá a Europa un *Director*, quien deberá ser suficientemente versado en la botánica para dictar un curso público de esta ciencia, y un *maestro jardinero*, de conocimientos prácticos bien probados en el cultivo de toda clase de plantas. (Se podrá a este efecto dirigirse al Jardín de las Plantas, en París)¹⁶.

Solo a la llegada de aquellas dos personas se formará verdaderamente el *jardín botánico*. Pero cualquiera que sea el tiempo que pase hasta esa época, siempre pertenecerá al Sr. Presidente actual la gloria de haber sido su fundador.

CONCLUSIÓN

Hilje (2013) analiza las circunstancias en que surgió, así como la pertinencia del proyecto planteado por Chéron, por lo que carece de sentido reiterar lo ahí anotado. No obstante, conviene resaltar algunos aspectos de interés.

En primer lugar, es loable que, a pesar de no ser un científico ni tampoco un especialista en museología o museografía, Chéron se aventurara a responder a la inquietud de don Juanito con una propuesta, para cuya elaboración posiblemente se basó en alguna obra francesa alusiva a la estructura típica de un museo; nótese que no ocurrió lo mismo con el jardín botánico, para el cual no aporta mayores especificaciones. Su misma ignorancia científica podría explicar algunas omisiones en grupos de animales, como los peces de agua dulce, anfibios, reptiles y muchos grupos



Figura 3. Fachada del edificio de la Universidad de Santo Tomás, orientada hacia el norte. Nótese hacia el fondo la capilla de El Sagrario (al lado de la Catedral Metropolitana) y una porción del Parque Central

de animales invertebrados. Además, su sistema de clasificación u organización del material biológico no obedecía a criterios taxonómicos, sino a los hábitos, los hábitats o la morfología de las plantas y animales a exhibir. Por eso mismo, con honestidad él acotó que “si hubiera que clasificar científicamente en el museo numerosas piezas adquiridas ya, no tendría [yo] ciertamente la pretensión de poder ayudar”.

En tal sentido, es pertinente preguntarse por qué don Juanito no contactó al naturalista Anders S. Oersted, que había residido en Costa Rica hasta dos años antes, y era un cercano amigo de Francisco María Oreamuno, su vicepresidente. Es posible que, aunque fuera por carta, Oersted hubiera colaborado con gusto, y así nuestro gobierno hubiera aprovechado la vasta tradición danesa en el estudio de las ciencias naturales.

En segundo lugar, en vez de plantear un proyecto mucho más ambicioso, la propuesta de Chéron era deli-

beradamente modesta, ajustada a las posibilidades del país. En realidad, se trataba de acondicionar con unas vitrinas alguna sala del viejo edificio de la Universidad de Santo Tomás, y eventualmente construir otra sala.

En tercer lugar, es evidente que Chéron pecó de simplismo en varios aspectos. Por una parte, la labor de un curador implica conocimientos y habilidades especializadas, por lo que no podría ser asumida por cualquiera de los profesores de la Universidad, sumado al agravante de que por entonces no había ningún naturalista ahí ni en el país. Por otra parte, su idea de recurrir a la donación de libros para nutrir la exigua biblioteca era ilusoria, pues no había en Costa Rica una cultura científica siquiera incipiente, por lo que sería de esperar que las bibliotecas personales fueran un reflejo de esta situación. Como una curiosidad, cinco años antes la biblioteca de la Universidad se había enriquecido con cinco volúmenes de la monumental obra *Viaje a*

las regiones equinociales del Nuevo Continente, del naturalista Alexander von Humboldt, que posiblemente nadie o muy pocas personas consultaban (*Mentor Costarricense*, 1845, p. 288).

Ahora bien, es necesario preguntarse por qué ni el museo ni el jardín botánico fueron establecidos. Al respecto, aunque no se dispone de evidencias documentales, algunos hechos permiten hipotetizar lo acontecido:

Primeramente, debe considerarse que había otras prioridades, como lo consigna el propio Chéron al inicio de su propuesta, al manifestar que “los proyectos de utilidad pública que piensa realizar [el presidente] tan luego como se lo permitan las finanzas del Estado”. De hecho, dos entes clave, de educación y salud pública, demandaban espacios apropiados, y fue así como se destinaron cuantiosos fondos para la construcción de los edificios de la Universidad de Santo Tomás (Figura 3) y el Hospital San Juan de Dios, iniciados ambos en 1852¹⁷. A ellos se sumarían al año siguiente el Palacio Nacional y la Fábrica Nacional de Licores, el primero de los cuales albergaba el despacho del presidente y sus ministros más la sala de sesiones del Congreso, en tanto que el segundo era la principal industria, y monopolio

del Estado. Estos cuatro fueron edificios de gran factura arquitectónica (Fernández, 2013).

En segundo lugar, el país debió soportar una cruenta guerra que se extendió por 14 meses, de inicios de marzo de 1856 a inicios de mayo de 1857, para expulsar de Costa Rica y de Centro América al ejército filibustero liderado por William Walker, quien era apoyado por los estados esclavistas sureños en EE.UU. A los estragos de la pólvora se sumó una epidemia de *cólera morbus* -que abatió al 10% de la población-, y la economía entró en una prolongada bancarrota. Este último factor explica en gran medida que los edificios del Seminario Tridentino y la capilla de El Sagrario, iniciados en 1854 y 1855, respectivamente, demoraran más de 10 años en completarse.

Asimismo, para concretar uno de los anhelos planteados por el presidente en 1850 y mencionados por Chéron, en mayo de 1858 se intentó dotar a la capital de una cañería de hierro, con base en un proyecto de los alemanes Francisco Kurtze y Guillermo Nanne, el cual no cuajó después debido a la falta de fondos de parte del gobierno. Obviamente, los otros dos anhelos,



Figura 4. Anastasio Alfaro (sentado y con traje), más los taxidermistas George Cherrie (de pie), Cecil Underwood (sentado) y un joven ayudante (quizás Adán Lizano), en una sala de la Universidad de Santo Tomás

vale decir, el museo y el jardín botánico, corrieron una suerte parecida y quedaron en el olvido.

Sin embargo, no debe descartarse la hipótesis de que, lejos del modesto planteamiento de Chéron, don Juanito aspiraba a crear edificaciones de gran envergadura, como las ya citadas, lo cual fue característico en su prolongada administración, de casi un decenio. Es decir, quizás él prefería acometer la construcción de obras más ambiciosas para el museo nacional y el jardín botánico cuando les llegara la oportunidad en su plan de construcciones, pero las serias dificultades anotadas lo impidieron.

Empero, no debe ignorarse el hecho de que cuando Chéron hizo su propuesta, la Universidad de Santo Tomás ocupaba las deterioradas instalaciones de la vieja Casa de Enseñanza de Santo Tomás, de modo que no tenía sentido establecer el museo en una de sus salas. De hecho, tan maltrechas estaban que, como ya se mencionó, dos años después se inició la construcción de un nuevo inmueble. Fernández (2013) aporta algunos detalles de la arquitectura de este emblemático edificio y aunque dicho autor no lo menciona, 25 años después en esa misma edificación fue instalado el Instituto Nacional -ente de secundaria-, lo que implicó no solo compartir aulas con la Universidad, sino también disponer de alojamientos para los profesores europeos que fueron reclutados y para los estudiantes de lugares distantes. Esto sugiere que era un lugar bastante espacioso.

En todo caso, a partir de que Chéron presentó su abortado plan, la idea de crear un museo entró en un *impasse* y reaparecería en forma intermitente (Hilje, 2013), hasta cristalizar en 1887, de la mano y la mente del naturalista Anastasio Alfaro. Nació justamente en las instalaciones de la Universidad de Santo Tomás (Figura 4), de donde sería trasladado a dos sitios más antes de ocupar el actual edificio, que otrora fuera un cuartel militar. Con ello, Costa Rica logró materializar el sueño del visionario don Juanito, que un día de 1850 el culto francés Chéron supo interpretar y atender a su manera.

AGRADECIMIENTOS

A Armando Vargas Araya y Guillermo Alvarado Induni, por la información aportada. En cuanto a las figuras, la utilización de la núm. 1 fue autorizada por Juan Murillo (Editorial de la Universidad de Costa Rica), la núm. 3 es pública, y la núm. 4 fue suministrada por Gabriela Villalobos (Museo Nacional de Costa Rica).

NOTAS

- 1 Se capta aquí una clara percepción de Chéron en cuanto al valor del jardín botánico para el fortalecimiento del campo agrícola en el país, a la vez que la importancia del museo, entre otros aspectos, en el rescate del conocimiento acerca de nuestras culturas aborígenes, incluyendo la propia agricultura.
- 2 Se refiere al Teatro Mora, cuya construcción fue dirigida por Alejandro Escalante Nava, a partir de un plano que trajo de Perú, correspondiente a un teatro erigido allí; el nuestro estaba en la Calle del Presidente (actual avenida 2ª). Vale acotar que en el mismo número de *La Gaceta*, en un pequeño recuadro, se anunciaba la inauguración del citado teatro, en tanto que en el suplemento, en un amplio artículo suscrito por el redactor de ese medio (Adolphe Marie) se aludía al significado de esta extraordinaria obra cultural.
- 3 La clasificación de los objetos presentes en la naturaleza en los reinos mineral, vegetal y animal estuvo vigente hasta hace poco tiempo. En la actualidad, en el mundo biológico se mantienen los reinos vegetal y animal, pero se han creado cuatro más, para albergar ahí a los hongos en uno, y a varias formas, casi todas unicelulares y microscópicas, en los tres restantes.
- 4 Más bien, se trata de los procedimientos propios de la organización de colecciones, a cargo de un especialista en el ramo, denominado curador.
- 5 Según Fernández (2013), al fundarse la Universidad de Santo Tomás en 1843, se asentó en una vieja edificación, la cual ocupaba el sector noreste de la cuadra localizada detrás de la Catedral Metropolitana, donde hoy está el edificio del Ministerio de Hacienda, otrora sede del Banco Anglo Costarricense.
- 6 La citada colonia era el proyecto de Lafond. Por su parte, pese a varios esfuerzos de una compañía de accionistas, los intentos de poblar la zona de San Carlos no fructificaron como se esperaba. Finalmente, en cuanto a Matina como puerto clave en el Caribe, además de importante zona productora de cacao, se había avanzado mucho en la apertura del camino durante el gobierno de Braulio Carrillo Colina, pero con su derrocamiento, en 1842, la obra quedó trunca; en 1850 se encargó al ingeniero alemán Alexander von Bülow elaborar un plano para

- construir ese camino, pero este proyecto también abortó.
- 7 Se refiere a pequeñas figuras de cerámica, jade u oro elaboradas por nuestros aborígenes, así como a collares, pendientes, colgantes, ocarinas, sonajeros, incensarios, vasijas de cerámica, escudillas, copones, máscaras funerarias, cabezas o figuras de piedra, metates, metates trípodes, mesas ceremoniales, lápidas, petroglifos, hachas, flechas, tambores, etc.
 - 8 Las mariposas posiblemente abarcaban tanto las diurnas, casi todas de vivos y hermosos colores, como las palomillas, nocturnas, algunas bastante grandes. Los insectos de alas con estuches corresponden a los abejones, cuyo segundo par de alas (élitros) es duro y, al cerrarse, protege al insecto como si fuera una coraza, mal traducido como estuche aquí.
 - 9 Llama la atención que no se incluyan en esta lista los peces y los caballitos de mar, que también son peces. La denominación de testáceos es anacrónica, y comprende los moluscos con concha, entre los que figuran los que tienen un solo caparazón calcáreo, como los caracoles (gastrópodos o univalvos) y los bivalvos (ostras, ostiones, almejas, chuchecas, pianguas, etc.), que tienen dos valvas simétricas; los quitones o cucarachas de mar, así como los calamares y pulpos, también son moluscos. Entre los crustáceos, sobresalen los percebes, camarones, langostinos, langostas y cangrejos. Otros animales notorios son los equinodermos (lirios, pepinos, estrellas y erizos de mar), más los representantes de otros grupos menores (corales, medusas, esponjas, anémonas, gusanos marinos, etc.). No está claro aquí el significado del término “productos marítimos inanimados”, pero podrían corresponder a trozos de arrecife coralino y a rocas marinas.
 - 10 En consulta oral al especialista Guillermo Alvarado Induni, se aclara que los materiales metálicos podrían ser minerales con brillo metálico, o minerales a partir de los cuales se pueden extraer los metales, es decir la mena de los metales; las piedras comunes son aquellas que no son finas, pero tampoco son metales; el carbón de piedra es el carbón natural, o mineral y las piedras finas son las llamadas preciosas (rubíes, zafiros, diamantes, esmeraldas, etc.) o semipreciosas (amatistas, ágatas, malaquita, etc.).
 - 11 En esta clasificación se omiten las plantas de agua dulce y tampoco se establece una diferenciación entre las plantas inferiores o criptógamas (musgos, hepáticas, líquenes, helechos, colas de caballo, etc.), de aquellas que producen flores y semillas (fanerógamas). En cuanto a las plantas marinas, aparte del fitoplancton, formado por algas microscópicas, hay algunas especies de algas inmensas, más los llamados pastos marinos, que en realidad no son gramíneas.
 - 12 Esto sugiere que Chéron ya había intercambiado opiniones al respecto con don Juanito Mora.
 - 13 El autor alude a ojos artificiales esmaltados, que son utilizados para dar apariencia de vivos a los animales embalsamados. Por su parte, los alfileres entomológicos, que son muy delgados y largos, permiten atravesar el cuerpo de los insectos para fijarlos en el piso de corcho de las cajas de colección. Finalmente, el llamado jabón arsenical era una mezcla de arsénico blanco, cal, sal tártara, jabón y alcanfor, que se utilizaba para evitar que los insectos dañaran las pieles de aves y mamíferos.
 - 14 Es de suponer que por “plantas lejanas” Chéron alude a cultivos exóticos, poco o nada conocidos en el país, y con buen potencial de producción.
 - 15 En realidad, para entonces no había botánicos en el país. El danés Anders Oersted, que residió en el país unos dos años, había partido en 1848, en tanto que el alemán Karl Hoffmann llegaría en 1854 (Hilje, 2013).
 - 16 Creado en 1635 con el nombre de Jardín del Rey, y rebautizado tras la Revolución Francesa, fue un ente científico dirigido en diferentes épocas por naturalistas de la talla de Georges Louis Leclerc (conde de Buffon) y Louis Jean-Marie Daubenton. Hoy forma parte del Museo Nacional de Historia Natural.
 - 17 El nuevo edificio de la Universidad de Santo Tomás reemplazó su vieja sede, previamente citada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguilar, R. y A. Vargas. (2014). *Palabra viva del Libertador*. San José: Eduvisión.

Anónimo (1861). *Exposición histórica de la revolución del 15 de setiembre de 1869. Acompañada de algunas reflexiones*

sobre la situación del país, antes y después del 14 de agosto de 1859 (pp. 100). Imprenta del Gobierno.

Argüello, M. (2007). *Obras literarias e históricas*. Biblioteca Fundamental de las Letras Costarricenses. San José: Editorial Costa Rica.

Diario Oficial de Costa Rica *La Gaceta* de 1850, número 87 del 23 de julio, "Suplemento", pp. 1-4 y núm. 105, del 30 de noviembre, "Suplemento", 1-2.

Fernández Guardia, R. (2002). *Costa Rica en el siglo XIX; relatos de viajeros*. San José: EUNED.

Hilje, L. (2010). Don Juanito Mora y el capitán Dow. *Revista Comunicación* (31), núm. especial, 79-88.

Hilje, L. (2010). La vida en San José a mediados del siglo XIX. Remembranzas de don Chico Rohrmoser. *Revista Herencia* (23) núm. 2, 25-47.

Meléndez, C. (1968). *Dr. José María Montealegre*. San José: Academia de Geografía e Historia de Costa Rica.

Méndez, R.A. (2009). *El general y el presidente*. San José: Ediciones Perro Azul.

Méndez, R.A. (2012). *Cañas: hombre de Estado y empresario*. San José: EUNED.

Montúfar, L. (2000). *Walker en Centroamérica*. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. Alajuela, Costa Rica.

Obregón, C. (2007). *Diarios de Faustino Montes de Oca Gamero*. Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Otis, F.N. (1861). *Illustrated history of the Panama railroad*. New York: Harper & Brothers Publ.